



Sagrado Corazon de Jesus.

VISITA QUINTA.

AL DIVINO CORAZON DE JESUS.

ODA.

Miré, Señor, de tu poder la muestra
 Y atónito quedé. A otras edades
 Pregunto, y luego crecen mis asombros.
 Si estendías la diestra,
 Volaban en pavesas las ciudades,
 Tornábanse los reinos en escombros.
 Si hablabas, los robustos corazones
 Se mecían de horror dentro del pecho;
 Como el pino derecho
 Al ímpetu de bravos aquilones.
 ¡Cuán diferente ahora te contemplo
 Del tiempo aquel en que te vió Isaías
 En el antiguo templo!
 Batones por su ámbito estendías
 Tu Magestad, del séquito, cercado
 De bellos serafines, y sus alas,
 Que en cambiantes de luz al sol vencían;
 Tu faz y piés cubrían,
 Formando un pabellon de ricas galas.
 Oigo tu carro horrísono rodando
 Por el éter. Al ímpetu veloce
 De bramadora tempestad, semejan
 Sas ruedas volteando.

Crujen los ejes del Empíreo al roce
De las bronceas llantas, y se alejan
Consternados los míseros mortales
A hundirse en peñascales,
O á buscar en las grutas sus moradas.

Huyen; que en tus temibles lábios suena
El acento de cólera y venganza,
Presagio cierto de espantosa muerte,
E interminable pena:
Y ni aun les da consuelo la esperanza
De ver mudada su funesta suerte,
Cuando escuchan: "Mortales temerarios
Me son vuestras ofrendas detestables,
Me son abominables

Los perfumes de vuestros incensarios."
"En vano os ocultais. Adonde quiera
Que ¡oh desdichados! fuéreis huyendo
Os cercará la angustia y el quebranto.
La desventura fiero

Acosandoos irá; os irá siguiendo
Cual sombra horrible el helador espanto.
Y cuando por calmar los mis enojos,
Vuestras manos alceis en mi presencia
Demandando clemencia,

Hacia á otra parte volveré los ojos."
Tales fueron, Señor, las amenazas
Que en otros siglos fulminó tu acento
Para desbaratar del hombre impío
Las infernales trazas;

Y mostrar en su trágico escarmiento
De tu temible brazo el poderío.
Tembló ante tí la tierra, y su semblante
Quedó de llanto y palidez cubierto,
Y entre su lábio yerto
Helarse vió su grito sollozante.

Ora apacible, cariñoso, mauso,
Bien cual Fabonio al fenecer la tarde
La sien refresca del cultor sudoso,
Brindándole al descanso;
O cual arroyo que en gentil alarde
Baja sonando por el prado herboso
Dando ser nuevo á las marchitas flores;
Tú mismo al hombre sálesle al encuentro

Y de tu pecho el centro
Abres para esconderle en tus amores.

¡Veis el perdon de su piedad que hermoso
El angel bello de la paz ondea?
¡Ois su voz dulcísima que os llama
De Jesus al reposo,

Y que, á par que las almas os recrea,
Los yertos corazones os inflama?
Venid, hombres, volad. ¡Quién no se atreve!
Aunque os tengan las culpas enconados
Cual leprosos llagados,
Mas blancos quedareis que pura nieve.

El lo promete. Y aun borrar promete
De vuestra perdicion los turbios dias.
Nueya luz arderá en vuestro horizonte,
Que aquel que se somete

Al blando yugo de sus leyes pias,
Con ellas trepa de la gloria al monte,
Por ellas goza perenal consuelo.
Por ellas, aun del cuerpo en las prisiones,
Su alma en las mansiones
Morando está del refulgente cielo.

¡Oh almas que cual árido desierto
Solo llevais espinas y malezas,
En donde las pasiones bullidoras,
Con triste desconcierto,

Encrestan fieramente las cabezas
A manera de serpientes silbadoras!
¡Quereis tornaros fértiles jardines?
Llegaos á Jesus. El hará luego
Que de su gracia al riego
Broteis lozanas rosas y jazmines.

¡No es su creadora mano la que pudo
Al Olimpo elevar las altas cumbres?
¡La que fijó las islas en el seno
Del mar siempre sañudo?
¡La que hizo aparecer inmensas lumbres
Sobre el etéreo azul puro y sereno?

Pues ¡por qué no podrá, mortal mezquino,
Tambien hacer salir de muerte á vida
Al alma envilecida,
Dándole un esplendor casi divino!

Nada, nada le mueve al que obcecado

Huye de verse á la razon rendido;
 Mientras de la ilusion al torpe acento,
 Aun no bien pronunciado,
 Se muestra humilde y queda sometido.
 ¡Infeliz! Ese gozo de un momento
 Eternidad de lloro te produce.
 De esa senda de rosas la fragancia
 Dura corta distancia
 Y ¡á qué abismo de horror no te conduce!
 Sigue, sigue en buenhora (así lo quieras)
 Sigue de la ilusion los extravíos.
 Ve un crimen á otro crimen enlazando,
 Placeres á placeres,
 Desvaríos á nuevos desvaríos.
 Pero sabe que estás atormentando
 Al que ya por tu bien rindió una vida;
 Y que esa llaga en su costado abierta
 Es de su amor la puerta,
 Timbre de su ternura esclarecida.
 ¿Conoces el horror de esa tu saña
 Contra un pecho divino é inocente?
 ¡Ah! El dolor tu semblante demudara,
 Si á tu estúpida alimaña
 Vieras atormentar tan crudamente
 Y ante tí entre congojas espirara.
 ¿En qué su corazon pudo agraviarte
 Para que así acrecientes los tormentos
 En todos los momentos?
 ¿Fué su delito por ventura amarte?
 Si lo fué, ni aun ahora se arrepiente.
 Aun opone á tu nieve todo el fuego
 Volcánico que en él ardiendo miras.
 Carifoso y clemente
 Te tiene compasion, cual pobre ciego,
 Que aun mas que el trueno de sus bravas iras,
 Provoca su benéfica indulgencia;
 Y en los agravios que haces á su gloria
 Solo tiene memoria
 Del abismo que te abre tu demencia.
 ¡O inefable bondad! ¡Y el mundo entero
 No está ardiendo en tu amor? ¡Y aun hay malvados
 Que premien con ofensas tu ternura?
 Si un corazon sincero

Alcanza á resarcir tantos pecados,
 Aquí tienes el mio. Su ventura
 Cifrará en ensalzar tu mansedumbre.
 ¡Oh! ¡pueda con mis débiles servicios
 Pagar tus beneficios,
 Y trepar de tu amor á la alta cumbre!

Directora. Niñas, la paz sea con vds.

Niñas. Y con vd., señorita. ¿Cómo ha pasado vd. la noche?

Directora. Buena ha sido, gracias á Dios; pero vds. me han acibarado este gusto muy de mañana.... ¿Cómo está desocupado el puesto de Luisa?

Maestra. Señorita, alguna cosa la habrá ocurrido para no venir tan pronto como acostumbra: ¿quiere vd. enviemos un recado á su casa?

Directora. No señora; aguardaremos hasta que venga, y haga tambien el gasto: pues me llena de satisfaccion el ver como se esplica en materia de religion. En el interin tocaremos otro puntito muy esencial con estas señoritas que no quieren acabar de ser, como quisiéramos nosotras.

Maestra. ¿Han dado á vd. algun disgusto?

Directora. Sí señora; bien lo saben algunas que nos están oyendo, y han tenido la grosería de maltratarse en la calle cuando venian á la Amiga. ¿Qué habrán dicho las gentes que las hayan visto, y sepan que corren de nuestra cuenta!

Maestra. Bien persuadidos están todos, que la máxima que mas se les repite, es la de amarse las unas á las otras; hacerse todo el bien que puedan, y nunca vengarse, ni volver mal por mal.

Directora. *O no eres de México, ó estás borracho,* respondió dias pasados un personage á un lépero que le insultó. Bastaba ser de México para señalarse en la finura. El carácter benéfico ha distinguido siempre á sus habitantes; y la apacibilidad le ha hecho apreciable sobre las demas poblaciones, donde por desgracia todo es terror, perturbacion, enconos, insultos y venganzas en nuestros dias.

Maestra. Las tengo dicho muchas veces lo que José dijo á sus hermanos: que cuando vayan juntas á sus casas, ó vengán á la Amiga, no se encolericen, ni disputen unas con otras por el camino: que en las disputas no se alcen en voces, porque *la razon no consiste en la fuerza del pulmon.* Que no se olviden de la sentencia de Luciano: *¿Te enfadas? Luego no tienes razon.* Prudencia, diga vd. la coplita de la ira.

Prudencia. Es ciega pasión la ira,
Y hace estragos infinitos;
Su furor dura un instante,
Su arrepentimiento un siglo.

Directora. Sin mas que ser cristianas habian vds. de distinguirse sobre todo en la caridad: esta es la reina de todas las virtudes; por esto se nos dice en la sagrada historia, que “los primeros cristianos eran queridos de todos, hasta de sus enemigos.” Bien podian vds. tener presente esta doctrina, que tanto aquí se repite, y aun mantener en la memoria las coplitas sacadas á los personages que se distinguieron en perdonar á sus perseguidores, haciendo alarde de la santa religion que profesaban. Venga vd. acá, Clementina, ¿se acuerda vd. del elogio que hizo aquel autor á un buen cristiano, cuando perdonó al herege que trató de asesinarle?

Clementina. Me parecè que era así como dijo vd.

De los Dioses que entrambos adoramos,
Reconoce cuál es la diferencia:
Sangre y muerte los tuyos te prescriben;
Y el mio, en el instante en que tu diestra
De asesinar me trata duramente,
Me manda te perdone y cómpadezca.

Directora. Así es; me alegro la tenga vd. tan presente.

Maestra. Ya está aquí la Luisa, señorita.

Directora. Bien venida sea: tendremos un ra-

to semejante al de ayer, y nos desenfadará con su instruccion y modales; así como otras señoritas no tratan mas que de entristecernos y desacreditarnos con su conducta. Pase por esta vez; pero tengan vds. entendido, que de aquí en adelante seré inexorable con aquellas que no sigan estas máximas ó sean de genio discolo, descompuestas y groseras. Afabilidad, cariño y finura: en una palabra, cristiandad en obras, palabras y pensamientos sea el carácter principal que distinga á todas vds.; de lo contrario, serán espelidas de la Amiga con toda ignominia. No digo yo ofender ó injuriar á otro, pero ni aun regañarle es licito.

Severa. Señorita, pues mi madre nos está diciendo á todas horas que tiene obligacion de reprendernos.

Directora. Y dice muy bien. Los padres de familias, los amos, los superiores de todos, están obligados á reprender cuantas malas acciones adviertan en los que corren de su cuenta; pero siempre con gracia, con caridad y sin que se estienda el enfado á la persona; de otro modo, engendra mas bien exasperacion que enmienda: una cosa es reprender, y otra cosa es regañar.

Severa. En eso sí que tiene vd. mil razones, señorita; eso mismo acaba de suceder á mi her-

mana. Cuando estaba sirviendo en la calle de Ortega, no dejaba aquella señora de estarla dando voces todo el santo dia de Dios; se ponía hecha una perra con la muchacha por nada que hiciera, y parecia que la queria tragar; y por el contrario, desde que está sirviendo á la señora doña Manuela, está tan contenta: dice que se la puede servir de balde; si tiene alguna falta, se la advierte con un cariño, que la da gana de llorar por haber caido en ella. Luego dicen que no paran las criadas en las casas, y que no las gusta servir mas que en la calle Ancha ó Juan de Andas; no digo yo que no, porque entre nosotras hay de todo; pero como los amos fueran otros, otras serian las criadas.

Directora. Y si otras fueran las criadas, otras serian las amas: hay muy mala cosecha de sirvientes; tienen mucha razon para decir que en México las mas de ellas no quieren servir donde hay sujecion ó no se las permite vivir á sus anchuras.

Severa. Pero es lo que se dice, señorita: "que el amo hace al criado; y criado mal pagado, amo mal servido."

Directora. "Y el criado hace al amo," hija mia; "y criado malo, nunca es bien querido."

Conforme nos portamos con los demas, así se portan con nosotros: el amigo hace al amigo: el consorte hace al consorte; y el vecino hace al vecino. Vd. tiene una particular habilidad en volver siempre por sí y por las de su clase; disculparse y disculparlas en todo, y siguiendo así, nunca nos enmendaremos.

Severa. Vd. perdone, señorita; bien puede vd. conocer que si nosotras no volvemos por nosotras, nadie saca la cara por los pobres; y que es cierto que muchas personas tienen la maña de regañar por lo que no habían de regañar, y cuando lo habían de hacer no abren su boca. Junto á mi casa hay una vecina, que está todo el día oyendo y viendo á sus hijos (como que no van á la escuela) hacer las cosas mas malas, sin que nunca los reprenda; y con que tropiecen, casi sin querer, con algun puchero ó alguna otra cosa de casa, no se harta de regañarlos y echarles maldiciones, alborotando el barrio y dándolos mal ejemplo.

Directora. Deje vd. esas cosas que nos llenan de tristeza: vivamos todos á lo cristiano, y este es el único medio de que no haya malos criados, malos amos, malos consortes, malos padres, malos hijos, y que todo sea una gloria; lo que de otro modo siempre será un infierno. Luisita, parece

que hoy se ha descuidado vd. un poco en venir, ¿cómo ha sido eso?

Luisa. Nos hemos visto en la precision de asistir los de casa á un bautismo.

Directora. Mucho me alegro de la ocurrencia, porque cabalmente venia hoy determinada á tratar materias de esa clase, y las tendrá vd. fresquitas para sacarme de mis dudas, que son mayores de lo que parece: ¿está vd. pronta á hacerlo?

Luisa. No puedo asegurar á vd. la sacaré de todas por mi incapacidad; pero la señora Maestra ha tocado estos puntos y nos ha instruido en ellos hasta no dejarnos duda alguna.

Directora. ¿Tiene vd. á Dios por cruel, y complacido en que se condenen las mas de sus criaturas?

Luisa. Todo lo contrario: es todo bondad, paciencia y misericordia, en términos de haberse hecho hombre para de este modo morir por nosotros y salvarnos.

Directora. ¿Pues por qué no se salvan todos y se van á la gloria?

Luisa. Eso no es por culpa suya, que es por culpa nuestra.

Directora. Ese niño que acaban de bautizar, ¿se hubiera salvado sin el bautismo?

Luisa. Ni ese ni otro alguno, señorita; porque por el bautismo le eleva Dios de nuevo á la participacion de su gloria, que habia perdido Adan con su desobediencia.

Directora. En hora buena que Adan la perdiese; pero el niño ese, y cuantos descendientes tuvo Adan, ¿qué culpa tuvieron en el pecado de su padre? No salgamos de esto, y dejémonos de Adan; responda vd. de los demas.

Luisa. Señorita, esa era mi tema antes de haberlo entendido bien, porque nada nos habian explicado de cuanto se puede entender; pero despues que la señora Maestra, con sus ejemplitos y esplicaciones, nos aclaró estos puntos cuanto ser puede, ninguna duda nos ocurre: todo consistia en que estábamos equivocadas y no reflexionábamós como era debido. Permítame vd. que la haga yo las mismas preguntas, me valga de las mismas comparaciones y réplicas que á nosotras hacia la señora Maestra, y tendremos que convenir en todos estos puntos.

Directora. Eso es lo que yo deseo: á mí se me hará de ese modo mas palpable, y vd. se irá adiestrando en enseñar á otras niñas.

Maestra. Puede hacerlo, señorita: tengo la satisfaccion de asegurárselo á vd.

Directora. Vamos con ello, Luisita, ¡quello deseo sobremanera.

Luisa. Dígame vd., antes de todo: ¿estaba Dios obligado á elevar al hombre á la participacion de su gloria? ¿Era esa una cosa debida á su naturaleza, ó una gracia sobrenatural?

Directora. Es claro que no le era al hombre debida; pero Dios, no contento en esta parte con su completa felicidad, quiso hacerle participante de ella; en cuyo caso, lo que antes no le debia, le debió desde entonces en cumplimiento de su palabra.

Luisa. Convengo en ello; pero si se hiciera el hombre indigno de esta gracia, ¿se podria quejar de Dios en no lograrla? Dígame vd., señorita, si un rey, no contento con la grandeza y conveniencias que disfrutaba en su palacio, hiciese participante de todo á un pobre aldeano, sin otros sacrificios que reconocerle por su rey, y en señal de ello no andar con los papeles de su despacho, u otro tan corto como este, y fuese tan soez que no diese esta pruebecita de inferioridad, ¿no mereceria la privacion de tanta dicha y se haria acreedor á extraordinarios castigos?

Directora. Todo castigo era pequeño para tanta ingratitude, insubordinacion y groseria. Pero

sus hijos ¿ por qué habian de ser castigados como él? Esta es la dificultad; sáquenos vd. de ella, lo demas es perder tiempo y nada adelantamos.

Luisa. Hemos adelantado mas que parece para sacar á vd. de esa dificultad: sigamos con el ejemplito.

Dígame vd., ¿ si ese grosero y criminal aldeano, echado de palacio y sentenciado á un destierro, tuviese allí hijos, y no fuesen elevados por el rey á la felicidad que por su culpa perdió el padre, estos hijos, de quién deberian quejarse en su estado miserable, de su mal padre ó de su bondadoso rey?

Directora. ¡ Cuidado con la pregunta! Aguarde vd., Luisita, aguarde vd., que ya entiendo á lo que avanza.

Luisa. Se la haré á vd. de otro modo mas claro, ó preguntaré otra por el mismo estilo. ¿ Estaria el rey obligado á elevar los hijos de tan mal padre á la participacion de su grandeza, habitacion en su palacio y todo lo demas, librándolos de los males que padecian en aquel destierro?

Directora. Conozco á lo que vd. aspira con esas preguntas; pero no puedo menos de responder á vd., impelida de la razon, que ni estaba obligado ni parecia cordura el hacerlo, habiéndolo

el salido tan desastradamente el ensayo de generosidad que hizo en su padre.

Luisa. Pues ya estamos fuera de la principal dificultad que tenia vd. en un principio, y dirá de los hijos de Adan lo que diria de los hijos de aquel mal aldeano, quien los viese padecer los trabajos consiguientes á su humilde condicion: *Si el padre de estos niños hubiera correspondido á la generosidad del rey, bien libres estarian todos ellos de cuanto están padeciendo.*

Directora. Mucho ha conseguido vd. con mi respuesta; pero no la parezca me doy por vencida, ni que ha obtenido el triunfo. Tambien he de preguntar yo á vd. y ver cómo sale de los apuros en que me tienen mis dificultades.

Luisa. Para mí será de la mayor satisfaccion y ahorro de trabajo, si se toma vd. el de preguntarme cuanto la ocurra, y yo el gusto de responder con el mayor acierto que pueda.

Directora. Supongo que Dios no estaba obligado á elevarnos otra vez á la participacion de su gloria, como ni lo estaba á hacerlo con nuestro primer padre, por ser esta elevacion de pura gracia; pero ¿ por qué hemos de sufrir nosotros tanto como en este mundo estamos pasando de trabajos, enfermedades y muerte, con todo lo demas que

dicen vds. vino por el pecado de nuestro primer padre? ¿No fué todo ello castigo de aquel pecado?

Luisa. Señorita, toda esa dificultad y argumento que hace vd., proviene de otra equivocación semejante á la de arriba y primera que vd. propuso. Voy á responder con toda claridad. Las enfermedades, las dolencias, el frio, el calor, los demas padecimientos, hasta la misma muerte, son efectos consiguientes á la natural constitucion del hombre: estos estaban impedidos por nuestro Dios en Adán, y del mismo beneficio hubiéramos disfrutado todos sus descendientes si hubiera procedido agradecido á tantas gracias con su bien obrar; pero no lo hizo así, y quedamos todos sin tal privilegio, de suerte que *él* personalmente lo desmereció y nosotros nos hallamos sin unos privilegios que no eran debidos á nuestra naturaleza y si solo por estar así privilegiados.

Directora. ¿Pero no fué castigo el que Adán comiese el pan con el sudor de su rostro por el pecado?

Luisa. En Adán, si señora, que fué riguroso castigo porque tuvo delito personal; y nosotros lo sufrimos, porque es consiguiente á una naturale-

za recibida de nuestro primer padre sin privilegio alguno, y con esos trabajos.

Directora. Me hace mucha fuerza la reflexion de vd., y seguramente que con ella ha ganado mucho terreno: pero aun no cante vd. la victoria, porque yo estoy resuelta á disputársele á palmos. Convengo en que estas dolencias, ó enfermedades, muerte y otras cosas anexas á nuestra naturaleza, son consiguientes á nuestra natural constitucion; pero tantos y tantas clases de males como sufrimos, ¿son consiguientes á ella?

Maestra. No es extraño que Luisa no satisfaga del todo á vd. Para responder completamente á todas esas dudas y réplicas, es indispensable hagamos la distincion que hacen los catequistas sobre los tres estados de la naturaleza humana: es decir, *el de la naturaleza pura, naturaleza privilegiada, y naturaleza corrompida.* Al de la naturaleza pura, no se debe más que lo que le es natural: al de la naturaleza privilegiada, le son debidos todos los privilegios, elevaciones y gracias con que fué gratuitamente elevada y enriquecida: y al de la naturaleza corrompida, lo que fué consiguiente á la culpa de Adán, así en privacion de privilegios, como en todos los males que nos acarreó con ella: si no hubiera pecado,

todos hubiéramos participado de sus gracias y privilegios; pero pecando, á nada de esto tenemos derecho alguno.

Directora. Está bien; pero eso solo quiere decir, que hubiéramos quedado sin esos adornos con que nos hermosearon y enriquecieron, y no de peor condicion que éramos, sin elevarnos á esa inmortalidad y demas dones concedidos. En hora buena, repito, que no participemos de las gracias con que fué enriquecida nuestra naturaleza, y que no la eran naturales; pero sin mas que porque otro pecó, recibirla y heredarla tan cargada de males y fealdades que por su natural no la corresponden, esto es lo que no puede entenderse de modo alguno.

Maestra. Cuando ese otro que vd. dice, no hubiera sido Adan, tendria fuerza la reflexion de vd.; pero habiendo sido este, es decir, el primero de quien todos descendemos, desaparece la réplica que á vd. hace tanta fuerza. En este caso, todos tenemos que recibirla sin los privilegios que tenia, y con los perjuicios que la causó.

Directora. Está bien. Convengamos en que la recibimos sin el don de la inmortalidad: que la recibimos asimismo sin el dominio absoluto sobre todas las pasiones que con su pecado se des-

encadenaron: sin el pacífico sobre todos los demas animales, y que las criaturas todas sirvan al hombre como á la fuerza, ó de mala gana, desde que este se volvió contra su Criador: esto ya se deja en algun modo conocer, y aun parece consiguiente; pero que nazcamos desde luego en peor estado y condicion que los demas animales, con mas necesidades, defectos y enfermedades, esto no puede componerse de modo alguno con la infinita bondad de Dios. ¿La parece á vd. ó puede imaginarse, que la mas noble criatura hecha á su imágen y semejanza, parezca al Criador la mas fea de todas; que ninguna le sea mas desagradable, y por esplicarme así, ninguna le sepa peor, ni huela tan mal como el hombre, desde que se presenta en este mundo? No pensaba apretar tanto si hablara con Luisita; pero siendo con vd. hemos de llevar el punto al cabo; y nada se ha de disimular.

Maestra. Me alegro sobremanera: así podrán penetrarse de todo las niñas mas capaces: oyéndonos, salir de sus dudas en el particular cuanto ser pueda, y no presentárselas esas imposibilidades, que vd. nos manifiesta. Procuraré esplicarme con la mayor claridad: tenga vd. la bondad de oirme, y yo espero, que lo que ahora parece